



EDITORIAL

Maranatha ¡Ven, Señor Jesús!

Todos conocemos hombres y mujeres entregados, serviciales, disponibles..., que irradian paz. Son sensibles con los más débiles. Encarnan un trato delicado con todos, una paciencia admirable con la fragilidad humana de otros. Aunque estén muy ocupados, si vas a verlos te hacen sentir que eres lo único importante en ese momento. Cuando te encuentras con ellos, sencillamente te llevan a desear ser mejor. A estas personas no hay que preguntarles, hay que observarlas. Y con los ojos de la fe vemos que el Señor está en ellos. Son acreedores del Maranatha ¡Ven, Señor Jesús!

Al entrar en contacto con la propia interioridad, las religiosas y religiosos descubrimos los anhelos más profundos que nos acompañan: una relación amorosa con Dios y un amor puro a todas las cosas; una mesurada reconciliación entre los impulsos del corazón y las exigencias de la razón; una vida más auténtica, más humana, con sentido. Queremos ser huéspedes de una actitud de calurosa acogida para con los distantes y distintos, en quienes vemos a nuestros prójimos, y para con nuestros prójimos, en quienes vemos a nuestros hermanos; inundar la esfera humana de un espíritu de benevolencia, fraternidad y paz. Deseamos vivir en la aceptación jovial de lo que no podemos cambiar; en un sereno asentimiento de la muerte como amiga de la vida.

Deseos latentes que periódicamente nos mueven hacia la práctica de un día de desierto. Al descansar en el Señor, pretendemos alimentar en nosotros la espiritualidad evangélica, ese modo de ser del que goza quien es depositario de la promesa de Jesús: "...haremos en él nuestra morada". Necesitamos vivir más centrados en nuestro interior para poder encontrarnos con el Señor, que nos lleva a sentir una fuerte atracción benéfica hacia el misterio de la vida. En él descansamos con los anhe-

los más grandes, los deseos más íntimos. “La atención está vinculada al deseo”, nos dice Simone Weil. Si nuestro deseo está tibio y adormecido, disperso en preocupaciones banales que nos absorben, podemos pasar-nos la vida vegetando entre la indiferencia, la rutina y la inconsistencia.

Como en los tiempos de las comunidades del Apocalipsis, también hoy percibimos la urgencia de encontrar el sentido a la vida, a los acontecimientos dolorosos que vivimos en una Iglesia debilitada, en una sociedad satisfecha, en una consagración incoherente. Anhelamos al Cordero capaz de abrirnos el libro sellado con siete sellos, dando sentido a nuestras nebulosas de desorientación, con la experiencia de desencanto y falta de entusiasmo. Urge alimentar en nosotros la esperanza. De ahí el clamor: ¡Maranatha! No podemos vivir sin el Señor a nuestro lado. Lo necesitamos a El, y con él, la espiritualidad –presencia de sentido– porque existe dirección: “Yo soy el camino”.

Dejando el desánimo para tiempos mejores, como consagrados nos sentimos llamados a vivir religiosamente, a encarnar un modo específico de ser en el mundo, que nos lleve a verlo y vivirlo todo como penetrado por la presencia de Dios. El es el centro... Cuanto existe es revelación de El. Nos empeñamos en buscar su voluntad, detectar su presencia y descifrar el sentido de su actuación en lo que sucede. Nuestra tarea... el cultivo de la espiritualidad, porque es propio del espíritu la sabiduría de la vida, la vivencia del Misterio, descifrado en cada situación. Espiritualidad es poder vivir de ese modo, viendo a Dios en todas las cosas. El espíritu –modo de ser de la persona– sabe descubrir el sentido de cada cosa; nos lleva a acoger la energía simbólica (de significado), a crear espacio para el Centro, a escuchar su llamada e integrarla en la propia existencia.

Los esquemas de retiro que presentamos nos ayudan a cultivar ese modo de ser, la espiritualidad que nos abre al sentido de lo que vivimos. Entremos en nuestra profundidad para hacernos más humanos; ser más lúcidos ante los acontecimientos que vivimos. Limpiemos criterios, esquemas, mente y corazón de aquello que nos deshumaniza, nos aleja del Misterio. Entremos en la interioridad para encontrarnos con la propia verdad y ser críticos con nosotros, con nuestras incoherencias. Abramos más los oídos del corazón y escuchemos más a Dios en los hechos que van sucediendo. Oremos... para fortalecernos ante los problemas, incomprendiones y conflictos. Para no perder el ánimo; para renovar el aliento, reavivar la esperanza, fortalecer la debilidad y revestirnos de entusiasmo.

Que el Señor mueva nuestros deseos hacia dentro de nosotros mismos, para buscar en esa dirección el propio interior y aprender a vivir con ma-

yor intensidad. Que nos guíe hacia la profundidad, el misterio, para descubrir y vivir el sentido de lo que sucede. Centrémonos en el Espíritu de Jesús para saborear la vida de una manera más intensa y profunda. Si en la Encarnación el Silencio se ha vuelto Palabra, ojalá que en el retiro la Palabra se vuelva silencio, esa soledad sonora que alimenta la sinfonía de nuestros sonos.

